

la población, en compañía de un joven inglés, casi de mi edad, vimos sobre la puerta de una casa un rótulo que decía: *Consúltenos Ud. sobre cualquier asunto; le responderemos gratuitamente y en bien suyo.* Mi compañero me hizo entrar. Salió a recibirnos una negrita, con ese doble aire de soberbia y de humildad de quien cree poder dar consejo y desea darlo.—¿Dónde está el oráculo?, preguntó el inglés.—Diga Ud. qué se le ofrece, contestó la negrita con dulzura.—Quiero saber la manera de encontrar una esposa seguramente buena.—¡Oh! No puedo responderle por mí misma; pero puedo servirle de intermediaria, porque la casa cuenta con una lista de personas que colaboran en su obra de beneficencia.—¿Y cómo decidirá Ud., le replicó el inglés, a cuál persona debe dirigirse? ¿Es a un cura, a un médico, a un jurista o a un químico? De la elección de Ud. depende el éxito que obtenga mi consulta. ¡Ya ve Ud. cuánta jactancia hay en el rótulo de su puerta! ¡Adiós y dispense!, entramos por pura curiosidad.

1.º de octubre de 1920.

*
* *
212